

de las inscripciones vadinienses, testimonios de una situación peculiar en el proceso de romanización. La comunidad fue agrupada por los romanos como *ciuitas*, proceso que se ha revelado muy productivo en los estudios recientes sobre dicho fenómeno histórico. Estaban oficialmente integrados. Ahora bien, de los aspectos que en cierto modo han quedado obsoletos en el estudio puede destacarse el uso de cierta terminología, como el del término “tribu” para referirse a determinadas entidades étnicas, como la de los mismos vadinienses. Algunos datos concretos también han sido rectificadas por la crítica, como la datación de la inscripción de Pico Dobra, de Ongayo, pero no afecta al fondo de las argumentaciones más que muy marginalmente. Al margen de algunos detalles, por tanto, destaca la coherencia con que se explican los orígenes del reino astur, con la inclusión de la especificidad del proceso de cristianización, entre la romanización y los cultos prerromanos.

La sucesión al trono visigodo se inserta dentro de la evolución general social de reino, en un proceso paralelo al de la integración de las aristocracias. El sistema se identifica con la composición de las clases dominantes, laica y eclesiástica, y se va adecuando a las condiciones históricas.

Como la mayoría de las realizadas hasta ahora por esta editorial, la publicación de la obra de Barbero y Vigil significa la posibilidad de revisar y contemplar con mirada actualizada una obra que en su momento significó un avance notable en el conocimiento tanto como en el enfoque de los problemas historiográficos tratados.

Domingo PLÁCIDO SUÁREZ
Universidad Complutense de Madrid
placido@ghis.ucm.es

Margarita VALLEJO GIRVÉS, *Hispania y Bizancio: Una relación desconocida*, Madrid, Editorial Akal, 2012, 556 pp., 9 mapas, 41 fig. [ISBN: 978-84-460-2960-1].

Esta monografía, inserta en la serie *Reinos y dominios de la Historia de España*, se antoja como una brillante síntesis para comprender tanto la importancia y significación de la presencia bizantina en diversos ámbitos del actual Estado español como para entender globalmente el capítulo de historia mediterránea que abarca.

Destaca especialmente el cuidado lenguaje que preside la obra; así como una brillante argumentación, muy bien hilada, basada en un profuso conocimiento tanto de documentación escrita como de los varios testimonios arqueológicos, numismáticos o sigilográficos. Igualmente, a lo largo de quince capítulos, evalúa exhaustivamente los grandes interrogantes que dicho período y realidad histórica suscitan, teniendo en cuenta todas las hipótesis posibles y defendiendo las suyas propias con vehemencia y elegancia.

Primeramente, en la introducción, se aclaran, de forma breve pero magistral, diferentes aspectos relacionados con la terminología utilizada a lo largo de la obra, las principales dificultades que plantea el estudio del tema, su contextualización así como los motivos que han llevado a la autora a realizar este concienzudo estudio. Para terminar este apartado se describen sucintamente las principales fuentes documentales disponibles, junto con los horizontes culturales de los que proceden y la problemática de cada una de ellas.

La obra tiene como punto cronológico de partida el complejo reinado del emperador Anastasio I (491-518); siendo analizada la relevancia de algunas iniciativas suyas en ámbitos tan cruciales como «política exterior», «política religiosa» o «política económica». Todo ello es contrastado con el reinado de su inmediato sucesor, Justino I (518-527). En opinión de la profesora Vallejo estas décadas son claves para comprender el devenir posterior del Imperio, no solo por lo que respecta a la política justiniana de *Restauratio Imperii*, sino también para entender su evolución social, religiosa o intelectual.

Se prosigue con el análisis de lo que supone la idea imperial de Justiniano I (527-565), no solo desde un prisma exclusivamente político, sino también incluyéndose otros elementos trascendentales para su comprensión, tales como la recopilación legislativa, el deseo de extender la *vera fide* o, finalmente, las causas económicas de la misma. Toda esta «política neorromana», que incorpora una línea tradicional, cuenta con importantes elementos novedosos que han de ser tenidos en cuenta, tal y como se pone de manifiesto.

Tras observarse el estado de la geopolítica occidental y la «consideración» que en ciertos ambientes de Constantinopla podía tenerse en relación a la conquista de territorios del ámbito hispano, se procede a narrar profusamente la conquista de *Septem*. Siempre desde un riguroso análisis de los testimonios escritos disponibles, son descritas las sucesivas etapas por las cuales atraviesa la plaza de *Septem* tras la conquista del Reino vándalo llevada a cabo por Belisario entre el 533 y el 534; desde la llegada de las tropas imperiales, su toma de posesión, estatus y administración, consideración jurídica y mental del área en Constantinopla hasta la posible pérdida temporal de la misma a manos de los visigodos *ca.* 545-546.

Una vez que Constantinopla ha puesto un pie en el ámbito hispano (*Septem* y Baleares), el siguiente paso es conocer la relación que une a los visigodos y al emperador Justiniano. Se trata de un capítulo crucial para comprender el significado global de la obra, pues en el mismo se describen, comenzando por la presentación de las fuentes escritas a nuestra disposición, las complejas vicisitudes por las que atraviesa el Reino visigodo en esos momentos centrales del siglo VI. Así pues será un conflicto interno, focalizado en las figuras de Agila y Atanagildo y su ulterior petición de ayuda, lo que proporcionará a Justiniano la oportunidad de que sus tropas desembarquen en suelo peninsular, abriéndose de este modo la primera etapa de presencia bizantina en *Hispania*. Seguidamente, se ponen de relieve las particularidades del caso hispano respecto a las otras dos conquistas occidentales acaecidas en el contexto de la *Renovatio Imperii*: África e Italia. También se analizan otras cuestiones, como quién comandó la expedición, qué implicaba la misma o las posibles contrapresta-

ciones recibidas a cambio. Finalmente, tras valorar las posibles ubicaciones a través de las cuales pudo llegar el contingente bizantino a la Península, y tras la victoria de Atanagildo en el conflicto civil, se examina la problemática que ello supuso para el Imperio, el conflicto entre ambas partes debido al deseo imperial de acrecentar sus dominios iniciales y, finalmente, los pactos a los que pudieron llegar ambos soberanos para establecer una relación de convivencia pacífica en la Península.

Toda vez que los imperiales se encuentran establecidos en suelo peninsular, existiendo un acuerdo de mínimos entre ambas partes, se hace necesario tratar de determinar las iniciativas justinianas conducentes a encuadrar administrativamente estos territorios en el seno de la romanidad. Así pues, y sin ser una tarea fácil debido, nuevamente, a la fragmentariedad y escasez de testimonios al respecto, intentan escrutarse facetas tan decisivas como la denominación oficial, su vinculación con los territorios norteafricanos y las Baleares, cuál sería su capital (Málaga o Cartagena) y las razones aducidas para ello, el rango del «gobernador», el número de tropas destinadas o la actitud de los diversos segmentos de población ante la llegada y establecimiento imperial. Esta fotografía de la «*Hispania* bizantina» se completa con la imagen que de este ámbito se ha transmitido hasta nosotros a través de la literatura bizantina.

El fallecimiento de Justiniano I y el ascenso de su sobrino, Justino II (565-578), al solio imperial abre una época de cambios, no solo para los territorios peninsulares, sino para el conjunto del Imperio. A pesar de la prácticamente nula atención que las fuentes bizantinas prestan al respecto, apoyándose en los últimos avances en la arqueología y los testimonios numismáticos, Margarita Vallejo nos presenta las claves más importantes del reinado del nuevo soberano y su cambiante relación con Atanagildo; el nuevo tiempo que se abre en el Reino visigodo con el advenimiento de Leovigildo, la posible presencia del ya anciano Narsés en la Península, el aparente fracaso de las campañas de Leovigildo contra ciertas áreas imperiales del mediodía peninsular y la posible llegada de gentes procedentes del ámbito bizantino del norte de África y su asentamiento en áreas visigodas; la entrada en escena del otro gran poder peninsular (el Reino suevo), el triángulo diplomático que se establece entre las partes y, a su vez, con el ámbito franco; el papel que juega, a partir del 574, el César Tiberio II Constantino, asociado al trono ante la incapacidad del emperador y, finalmente, un somero análisis sobre la significación de la política de *Aemulatio Imperii* iniciada por Leovigildo.

La obra continúa con el análisis de un fenómeno clave para entender la evolución política del Reino visigodo: la rebelión de Hermenegildo. Dicho acontecimiento se trata desde la perspectiva de afectación al Imperio, considerándose como un «asunto internacional». Tras aproximarse a las consideraciones generales para entender su problemática, se procede a considerar la cambiante implicación que el Imperio tuvo a lo largo de su desarrollo, las razones que motivaron dicha circunstancia, la influencia que tuvo en 582 el advenimiento al trono de Mauricio, el viaje de Leandro a Constantinopla en busca de ayuda, el «factor suevo», el éxito de Leovigildo, la captura y ulterior ejecución de Hermenegildo, el viaje de su viuda y su hijo –Ingunda y Atanagildo– hacia la capital imperial y el posterior uso que el emperador hace de

dicha circunstancia a la hora de tratar con los francos, aliados potenciales contra el problema lombardo que asola Italia en esos momentos.

El capítulo siguiente analiza las iniciativas que el nuevo soberano, Mauricio (582-602), emprende en los territorios bizantinos peninsulares; en gran parte debido a la conversión de Recaredo al credo de Nicea. Sin perder de vista la situación internacional por la que atraviesa el Imperio, se valora el interés que muestra Mauricio en los territorios occidentales a través de la implantación de lo que se conoce como exarcados. Después de considerar la posible ofensiva del nuevo monarca católico visigodo contra la *insolentia romana* y el papel que juega el Papa Gregorio I *Magno*, se procede a deconstruir todos los elementos de los territorios imperiales peninsulares y su encaje en la nueva administración romana: denominación, dependencia y relación con el Norte de África (Cartago), *Magister Militum Hispaniae*, la tropa, la significación de Cartagena, las atribuciones de los funcionarios o los problemas con ciertas jerarquías eclesiásticas bajo dominio imperial.

El gobierno de Mauricio termina de forma traumática, con un *putsch* del ejército balcánico, que motiva su asesinato y el establecimiento en el trono del centurión Focas durante ocho años (*ca.* 602-610). Ello no va a tener un efecto inmediato en las posesiones imperiales peninsulares, pues tensiones internas tras la conversión a la ortodoxia provocan graves enfrentamientos en el seno de la nobleza, lo que favorece reinados cortos como los de Witerico y Gundemaro. Igualmente, el contexto social es difícil, tal y como se desprende de las desavenencias existentes entre las autoridades civiles y eclesiásticas de *Spania*. Mientras tanto, en el Exarcado de Cartago, debido a la grave situación política que atraviesa el Imperio merced al avance sasánida y la indiferencia imperial respecto al Occidente mediterráneo, se va gestando un sector de creciente oposición contra el emperador, encabezado por el Exarca de Cartago, Heraclio *el Viejo*. Su hijo y sobrino, Heraclio *el Joven* y Nicetas respectivamente, encabezarán una rebelión que precipitará la deposición y asesinato del tirano y el ascenso del primero al solio imperial. Sin embargo, la llegada al trono visigodo de un monarca fuerte como Sisebuto anunciaba dificultades para los imperiales peninsulares, tal y como habían puesto de manifiesto campañas visigodas precedentes, que aprovechan para mermar el poder de la sede episcopal de Cartagena.

La obra continúa con un magistral resumen de la situación internacional que sitúa al lector en las claves del período que va a ser analizado seguidamente. Se describen los primeros años del emperador Heraclio y sus diversas iniciativas en Oriente, así como el advenimiento de Sisebuto y las campañas emprendidas en otros ámbitos peninsulares; o la caída de Jerusalén *ca.* 614, que parece imbuir al Mediterráneo en un clima milenarista del cual la Península no es ajena. En estos años se recrudece la iniciativa visigoda. Los imperiales, ante la imposibilidad de Heraclio de reforzar estas áreas, se ven obligados a pedir un acuerdo apelando a la fe común; algo que, dado el complicado panorama internacional, es aceptado contra pronóstico por el visigodo. Así, de *hostes barbarii*, los visigodos pasan a ser *fratres fidei*; tal y como parecen manifestar las conocidas como «epístolas de Cesáreo». Tras detenerse en las diversas hipótesis existentes con respecto a su figura, al papel que tenía dentro de la administración imperial hispana y la situación, tanto interna como internacional, en

la que queda *Hispania* tras la firma del pacto, se procede a desgranar el final de la presencia física del Imperio en la Península a todos los niveles, después de la ruptura de dicho pacto y las ulteriores iniciativas de Suintila. Así pues, ca. 625-626, se pone fin a la aventura imperial peninsular iniciada por Justiniano setenta y cinco años atrás.

Los capítulos restantes son igualmente importantes, complejos y significativos. Tras caer los últimos reductos peninsulares, al Imperio todavía le restan territorios en el ámbito hispano: *Septem* y las Baleares. Previamente, y en relación con la línea discursiva y argumentativa que se ha seguido a lo largo de la obra, se analizan toda una serie de interrogantes que, a día de hoy, y debido al carácter y naturaleza de la documentación disponible, continúan sin resolverse: la extensión del territorio imperial en la Península, la existencia de un «área fronteriza», la dotación militar aquí establecida y su naturaleza, la administración imperial, su denominación, la presencia de la ceca imperial, la capital o la actitud de determinados segmentos poblacionales hacia el gobierno de Constantinopla en determinadas áreas.

El antepenúltimo y el penúltimo capítulo observan la evolución histórica de una de las últimas posesiones imperiales del ámbito hispánico en el complejo devenir histórico del Imperio a lo largo del siglo VII: *Septem*. Comenzando por la presencia del Occidente en las fuentes documentales de los siglos VII y VIII, la complejidad que presentan y los cambios que se operan en los «géneros literarios», se narran las victorias de Heraclio en Oriente y la restitución de la reliquia de la *Vera Cruz* en Jerusalén, su política anti-judaica, el surgimiento y avance de un nuevo enemigo, el Islam, y la repercusión que todo ello tuvo en la Península, donde, a pesar de no estar presentes físicamente los imperiales, los visigodos no cejaron en su empeño de permanecer vigilantes ante posibles injerencias. No obstante, las Columnas de Hércules siguieron siendo el horizonte hasta el cual se extendía, aunque fuese teóricamente, la *romanitas*. El último capítulo que falta por describir trata sobre la convulsa sucesión del emperador Heraclio (610-641), la política occidental del emperador Constante II (641-668) y sus repercusiones en el horizonte visigodo, el papel de la Península dentro de la diáspora oriental que provoca el avance islámico, el entendimiento entre Wamba (672-680) y Constantino IV (669-685) debido a la política religiosa del segundo y al cada vez más acuciante peligro que los musulmanes implicaban, la reacción de la Iglesia visigoda hispana a dicha política, la caída de Cartago en 698 y el fin de la *Septem* bizantina, su evolución administrativa y militar durante esas décadas, los primeros años de gobierno de Justiniano II (685-695) y la evolución del mundo visigodo en aras de su definitivo enfrentamiento con los musulmanes.

Finalmente, la obra se completa con una serie de apéndices que incluyen un índice de abreviaturas, tanto de fuentes históricas como de siglas bibliográficas y de publicaciones; especialmente útil el primero debido a la frecuente falta de estandarización a la hora de citar las abreviaturas de determinadas fuentes documentales. Seguidamente, se incluye el obligado apartado bibliográfico, que recoge no solo una magnífica selección de fuentes documentales, artículos y monografías sobre los diversos aspectos, temas y problemáticas tratadas a lo largo de la obra, sino la amplia mayoría de títulos que, al respecto, pueden estar disponibles. Todo ello se completa con un aparato gráfico consistente en nueve mapas y un listado de figuras que van

surgiendo a lo largo de la obra cuando, muy acertadamente, se incluyen al aludir a la temática a la que hacen referencia.

Por todo lo señalado consideramos que nos encontramos ante una obra de referencia, no solo para conocer esa relación existente entre Bizancio e *Hispania*, que, en muchos aspectos, permanece como una gran desconocida, sino también para conocer un capítulo tan importante de nuestra historia y, por ende, del devenir histórico del Mundo mediterráneo de la Antigüedad Tardía.

Aitor FERNÁNDEZ DELGADO
Universidad de Alcalá
aitor.fernandez@uah.es

Mirella ROMERO RECIO, *Ecós de un descubrimiento. Viajeros españoles en Pompeya (1748-1936)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2012, 285 pp., 47 ilustraciones [ISBN: 978-84-96813-76-2].

Las excavaciones de Pompeya comenzaron en 1748 gracias al mecenazgo del futuro Carlos III de España, por aquel entonces monarca de Nápoles. A partir de entonces han sido numerosos los españoles y españolas que han visitado el lugar y han quedado sobrecogidos por la visión de la ciudad desenterrada, tal y como quedó tras ser sepultada por la violenta erupción del Vesubio en el año 79. Algunos, la mayoría, dejaron sus impresiones por escrito, bien en su correspondencia personal, bien en obras de carácter literario o, más tarde, en artículos publicados por la prensa del momento que gozaron de gran aceptación. Otros, también impresionados por lo que habían visto, lo utilizaron como poderosa fuente de inspiración al servicio de su profesión, pintando cuadros de temas pompeyanos, que al albor del Romanticismo, llegaron a estar muy de moda en toda Europa, levantando edificios de estilo neohelénico o imitando los motivos de los frescos que habían encontrado en el Museo de Nápoles en los interiores palaciegos que decoraban.

De todo ello habla este libro, magníficamente escrito y excelentemente documentado, con una proliferación de citas de los autores mencionados, de ilustraciones y figuras que permiten al lector hacerse una idea cabal de lo que está leyendo: los ecos de un descubrimiento, como reza al título, la influencia que causó Pompeya a todos aquellos que la visitaron y cómo se tradujo en la visión, un tanto idealizada y en ocasiones artificial, que la sociedad culta e ilustrada llegó a tener del pasado griego, ya que, por paradójico que pueda parecernos ahora, eran sus huellas las que se buscaban, y, de paso, del romano, mucho menos apreciado. Eruditos como Francisco Pérez Bayer, religiosos como el jesuita Juan Andrés y Morell, y el abate José de Viena y Clavijo, figuran entre los primeros de una larga nómina que, aún siendo menor que el